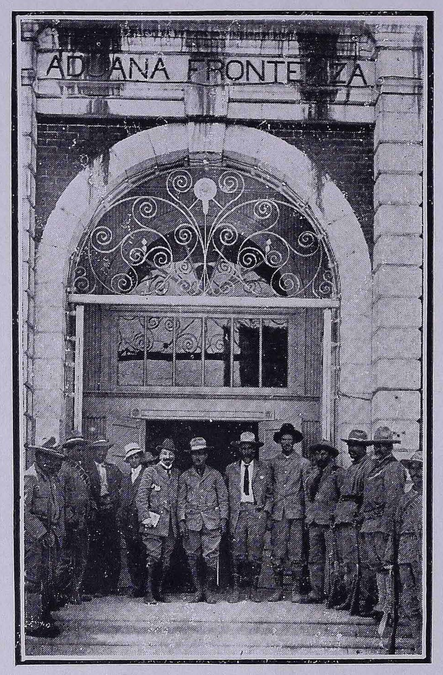
Los soldados que la componen van bien uniformados de **caki**, y su armamento es variado, predominando el Mauser.

Casi todos ellos, lucen en los sombreros y uniformes, lazos y escarapelas tricolores.



Aprovechamos un instante de antesala para fotografiarles, y en otro brevísimo en el que, á través de los cristales del gran salón que queda á nuestra derecha, vislumbramos la vera efigie de D. Francisco Madero, entramos audazmente, anunciándonos nosotros mismos.

Píntase leve sorpresa en el rostro del **leader**, al que, sin dar tiempo á que pueda reponerse, le enseñamos una tarjeta de su hermano D. Alfonso, rogándole nos permita entrevistarle.

Después de brevísimo diálogo, consiente D. Pancho, con tal de que sea rapidísimo el cambio de impresiones, y, sobre todo, la fotografía.

Me dedico á observar al hombre que tanto ha conmovido la opinión pública mexicana, y nuestras dos miradas escrutadoras cruzánse obstinadas durante varios minutos.

Estoy seguro de que al primer golpe de vista, ha comprendido que no soy mexicano, y ello le impele á guardar cierta actitud de fría superioridad que pudiera llamarse, á pesar de su aparente afabilidad, reserva del gesto.

Sin embargo, salta á la vista que el leader está satisfecho.

Mientras el fotógrafo prepara nerviosísimo la máquina, paseándose según costumbre, á grandes pasos por la estancia, exclama en alta voz el Presidente provisional:

—Ya... contestó el caudillo... Dentro de poco, estamos en México...

Entretanto, háse sentado, sólo, en una mesa aislada en el centro de la pieza, en ademán de leer un documento.

El fotógrafo hácele observar que está contra la luz, y él contesta con leve acento de impaciencia:

—Así está bien... lo más naturalmente posible.

A pesar de su nerviosidad, el fotógrafo lo coloca en posición conveniente, con ánimo de tomar sólo la fotografía del **leader**.

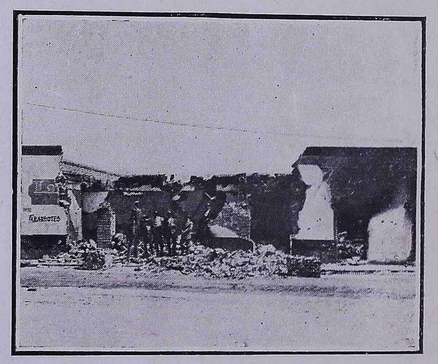
Don Pancho se fija en aquel momento en Juan Sánchez Azcona, que acaba de entrar, y le dice cariñosamente:

—Siéntate aquí, á mi lado, Juanito... Y queda constituído el grupo (en donde también figura el charlatán cronista.)

—¿Cuándo sale usted para México?—preguntamos á D. Pancho Madero

—Probablemente mañana—nos contesta, siempre con su mirada profunda y un poco vaga.

Comprendemos que el horno no está para bollos, ni D. Francisco para más entrevistas, y dándole las gracias, salimos no sin antes haber obtenido el permiso de volver á fotografiarle á la salida del Consejo que va á empezar precisamente en aquellos instantes, según nos manifiesta el ingeniero Manuel Urquidi, amabilísimo y culto caballero al que debemos ya grandes atenciones como indignos representantes de "La Semana Ilustrada" y "La Actualidad."



Y apropósito de "La Actualidad," digamos algo de lo que el nuevo y **nonnato** periódico (á la hora en que escribimos,) hizo pensar á D. Pancho.

—"La Actualidad" ó "Actualidades," dice usted...? hubo de preguntarnos D. Pancho, al manifestarle nosotros mismos nuestro carácter.

—Sí, señor, "La Actualidad," prensa gráfica del corte del "Excelsior," de París y del "A. B. C." de Madrid—contestamos con orgullosa satisfacción.

D. Pancho volvió á envolvernos por centésima vez en una de sus famosas miradas, y luego, murmuró á media voz:

—Sí, prensa... ya es hora de que la haya en México.

En espera de la salida del Consejo, entretuvimos la larga espera, consiguiendo intimar con el Capitán de la Guardia, Cuéllar, mozo sinpático y decidor, que nos contó los siguientes detalles de la toma de Ciudad Juárez.

Habla Gonzalo Cuéllar.

"—Hacía infinidad de días (20 días,) que nos hallábamos acampados en **Smelter**, al raso, tostándonos de calor durante el día, y tiritando de frío por la noche.

Nada diré de nuestras privaciones de todo género. A la gente era casi imposible detenerla, ansiosa como estaba de combate. Imagine usted que de todo lo que nos faltaba á nosotros, existía en abundancia en la plaza.

El día ocho de mayo, una... pelada, amiga íntima de uno de los nuestros, cruza al romper el alba, el río y los federales tratan de detenerla. Acudimos cuatro ó cinco á defenderla, y los federales nos reciben á tiros.

Esto ocurría, á poco de haber conferenciado, por orden de Madero, Cástulo Herrera con el General Navarro. Añadid, que Rafael Campa, con bandera blanca, acude á la plaza y es recibido á tiros, y tendréis el verdadero motivo, al parecer insignificante, de lo que siguió después.

A las diez y media, a. m., puede decirse que empezó verdaderamente el ataque, duro y encarnizadísimo, pues los federales, además del abundantísimo parque, estaban admirablemente atrincherados como habrá usted podido apreciar. Constituían sus fuerzas 480 soldados de línea, 36 oficiales y como unos 100 pelados voluntarios, además del Jefe Político, policía, rurales, etc.

Los detalles y duración del ataque, creo inútil repetírselos á usted, pues son del dominio público. Sí le diré á usted, que lo que más nos irritó fué la **hoja impresa**, insultante de Tamborrell, que apareció días antes del asalto, en la que ese jefe nos llamaba cobardes y bandidos.

Nuestro ardid que más descompuso á los federales, fué el que empleamos de perforar las casas (de adobe en su mayoría) penetrando simultáneamente por varios puntos distintos, cuando nuestros enemigos esperaban el asalto por la muralla y trincheras.

El primer prisionero, lo fué el Capitán Centeno.

El ataque, como sabe usted, duró tres días consecutivos, y dió principio por las primeras casas de la orilla del río.

A mí, me atravesaron cuatro balazos el sombrero; pero el principal riesgo que corrí, fué en unión del Brigadier Juan Dozal, al estallar una bomba que incendió la casa en que nos hallábamos, una de las primeras al lado de la trinchera federal. En nuestro poder, cayeron dos morteros, una vez tomada la plaza, una ametralladora y parque abundantísimo para dos meses.

No hubo un sólo fusilamiento de prisioneros, y aunque se soltaron á todos los presos, no costó gran trabajo ni apoderarse de la cárcel, ni contenerles en evitación de venganzas.

A todos los soldados federales se les puso en libertad, y la mayor parte de ellos se unieron á la revolución, quedándose otros á trabajar en la recomposición de las líneas férreas.

Y ya que tan ávido parece usted de detalles concretos y, sobre todo, **originales**, como usted dice, le diré que durante cincuenta y seis horas, ni nosotros ni los federales, tuvimos tiempo para probar bocado, hasta las tres y minutos, p. m., del día 10, en que todo quedó terminado.

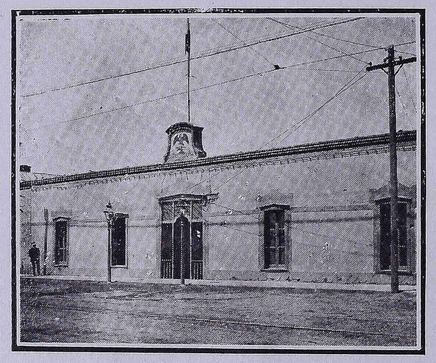
Al General Navarro, después de haberse rendido, se le condujo á la Jefatura, y lo de la entrega de la espada á Garibaldi, etc..., es pura historia, pues la dejó en el cuarto de banderas, negándose á entregar nada personalmente.

Yo sí que reclamé y obtuve el sable que llevo, de la persona del capitán Alba.

En Juárez, sólo quedaron prisioneros, bajo palabra de honor, tres ó cuatro oficiales solamente.

El resto se fué á El Paso ,en donde reclamaron del Cónsul, el pago de decenas de auxilio hasta recibir órdenes.

De cómo ni de qué manera fué el traslado de Navarro á El Paso, es cosa que no sé, ni puedo decirle.



Nosotros, la verdad, le hubiéramos fusilado con muchísimo gusto, y D. Francisco ha sido demasiado bueno al impedirlo.

Finalmente, diré á usted que, las tropas federales, estaban repartidas en los cuarteles siguientes: Plaza de Toros, Jefatura de Armas, Teatro de Zaragoza, El Trívoli (cuartel general) Cuartel de Rurales, la Casa Mestres, Iglesia, La Cárcel y Mesón del Lucero.''

Hasta aquí la narración del Capitán revolucionario, Gonzalo Cuéllar, que hemos procurado trasladar con la mayor fidelidad posible.

Cuéllar tiene veintidos años, y á esa edad la mentira no prostituye los labios con tanta facilidad, como más adelante.

Estamos charlando en el salón principal del edificio, y detalle curioso, nos llama la atención ver adornos de follaje, etc. que suponemos sean propios de la celebración de la reciente victoria.

Pues no señor, son todavía los que sirvieron para la entrevista Díaz-Taft, y en este mismo salón en que ahora estamos pendientes de los labios del joven revolucionario, pronunciáronse brindis y **toasts**, afectusísimos.

En el salón particular, por llamarlo de algún modo, de Madero, está todavía el retrato de Taft.

Aquí donde nos hallamos, del estrado principal ha desaparecido todo lo que no sea el águila mexicana, que bajo el dosel, posada sobre el clásico nopal, parece contemplar altiva, y quién sabe si indiferente, el ajetreado ir y venir de tanta gente como cruza el salón en todas direcciones.

¡Cosa extraña! Me acerco al emblema de cartón piedra, imitación á bronce, y no puedo menos de retroceder asombrado.

¡Sarcástica filosofía de los hechos!

¡El águila tiene un ala rota...!

IV

UNA COMIDA DE FAMILIA

Fresca y palpitante, la compleja impresión de la ciudad muerta, escarabajeándonos en el cerebro todavía, el polícromo desfile de las cosas y de los hombres, casi febriles por tal balumba, acudimos, (día siguiente del de nuestra llegada) al Hotel Sheldon.

Entre los **newspaper's mens,** reinó esa franca alegría que no siempre impera entre los del gremio, desgraciadamente, en los paises latinos.

Porque es de advertir, que estos sajones, tan distintos á nosotros, nos aventajan en muchas cosas, entre las cuales

Celébrase allí, simpática y gratísima fiesta que merece los honores todos de la reseña.

Los corresponsales extranjeros, pertenecientes á los periódicos de más importancia del mundo, congregábanse, en fraternal banquete, á fin de celebrar el epílogo de su ruda y expuesta misión.

Galantemente invitados, acudimos, como hemos dicho, gustosos, aunque un poco mortificados por haber llegado á los postres—no del banquete,—pero sí de la guerra.

no es la menor, todo lo referente á cuestiones de **camaradería** ó compañerismo.

Buena prueba de ello es la de que los mexicanos, á pesar de su insignificancia en punto á importancia periodística, fueran los héroes de la fiesta.

Era curioso ver á todos aquellos hombres, de todas edades, limados duramente por la agotadora lucha del periodismo, entregarse infantilmente á las bromas más chuscas, felices y juguetones, cual chicos con zapatos nuevos.

Cada comensal tenía en su plato, al co-